

Carta a un amigo

Alfonso Gutiérrez Insunza

Sabrán mi vida por mi muerte.

GILBERTO OWEN

Amadísimo Alfonso:

Es tiempo de reflexión de nuestra acendrada y añosa relación fraternal. Las fechas no importan. Son muy secundarias. No te diré nada que no haya comentado contigo en las situaciones más adversas, en los lugares más remotos o en los temas más controversiales; necesariamente recordaré tus opiniones firmes, serenas y amables. No pretendo ser explícito, ordenado ni metódico en esta misiva y tú sabrás por qué. En estas circunstancias nunca lo he sido. La prudencia y la comprensión como parte de tu ser y tu disciplina no te abandonaron en ningún momento. De lejos y de cerca quise seguir voluntariamente tu ejemplo, no siempre con la paz de tu espíritu y la tranquilidad de tu inimitable conducta. Me aceptaste generosamente sin hacer caso de mi temperamento explosivo y mis opiniones extremas. Tu temple, con suavidad moderó mis respuestas vitales y anímicas y contribuyó a mi desarrollo en la permanente búsqueda del amor, de la superación, de la felicidad, de la justicia y del conocimiento.

Ciertamente uno recibe a los hermanos como parte de una herencia aceptable y enriquecedora, pero involuntaria. El amor fraternal se cultiva y crece en la familia. Es un impulso más instintivo que racional que implica la protección y el sostén del grupo. No siempre es así; hay que evitar los antagonismos, la indiferencia, la distancia y otras muchas causas que lo marchitan y destruyen.

La amistad, por el contrario, busca en la vida compañeros de excelencia con quienes compartir fundamentalmente la alegría de vivir, alegría más deseable en el otro y su entorno, pero que contribuye a nuestra felicidad. Su dolor y su tristeza también son nuestras y sin petición expresa deseamos suprimirlas o mitigarlas en su provecho, sin interés y con un sentimiento afectuoso que rechaza la caridad. No cabe la compasión, sino con pasión la comprensión y el auxilio noble y franco, así sea silencioso. La amistad no desprecia ni minimiza el socorro y la solidaridad, pero no es esa su razón de ser. Su ocasional egoísmo radica en la satisfacción de la entrega, en el gusto de dar, y se explica en la humana

confianza de recibir sin recato. No hay contabilidad. Se recibe sin rubor y se da sin ofender. No hay permutas sino reciprocidad. No importan la magnitud ni el beneficiario. El uno es el otro y viceversa. Sin ventajas. La única es que la suma de los dos da fortaleza y seguridad. Tu amistad, como para otros muchos, fue para mi un privilegio.

*Mar, martillo que gritas en yunques pitagóricos
la sucesión contada de tus olas*

GILBERTO OWEN

Naciste en la llanura sinaloense, entre la cordillera y el mar. Del golfo de California tomaste la constancia de sus mareas en la práctica de la virtud, el estudio, el trabajo; su color estaba en tus ojos; de la dureza del granito de sus montañas la inquebrantable voluntad; del verde de sus planicies la certeza del triunfo y del dorado de los trigales y de la miel de sus frutos, la felicidad. La provincia te modeló todo entero como a la *Suave Patria*, entre gritos y risas de muchachas y pájaros de oficio carpintero. Supiste que sin provincia no hay patria. Tú viste desde tu hogar los montes sangrantes por el color de la amapola y el arrebol vespertino en las nubes que coronan las montañas. Yo vi el ocaso sobre el mar desde la isla de Altamura, y desde Mocorito, en las laderas el rubor intenso de las adormideras como avergonzadas del futuro. Desde principios del siglo pasado tu patria chica lamenta tu ausencia, pero te sabía, orgullosa, un embajador de lujo y vencedor de obstáculos, en otras palabras: un conquistador. Si entonces disfrutó tu música, hoy llora tu ausencia definitiva en el rítmico *tam tam* de la tambora, y en la ciudad que adoptaste se escucha la composición sinfónica del Réquiem de Mozart, como hecha para ti.

Le paradis terrestre est où je suis
VOLTAIRE

Dejaste la seguridad de tu casa y migraste, como yo, primero a Guadalajara y luego a la capital. Estudiaste con ahínco y terminaste la carrera de Medicina en la entonces escuela, ahora Facultad, de la Universidad Nacional Autónoma de México con una merecida *mención honorífica*, reconocimien-

to poco otorgado, difícil de alcanzar. No para ti. Fue sólo una primera meta en la todavía temprana etapa de tu vida. Conociste el amor y te esforzaste más para merecerlo. No sin sacrificio te capacitaste en Estados Unidos en la especialidad de otorrinolaringología y regresaste al paraíso donde eras esperado. Con Maru, plena de virtudes y nobleza, formaste una familia y con ella educaste a tus hijos. Les enseñaron con vehemencia los principios de una vida honrada y honesta, sin quitarles nunca la sombra protectora pero cuidadosos de no coartar su libertad. Respetaron las rutas de sus vidas sin quitar la mirada atenta y diligente. Hoy son todos profesionistas, mexicanos laboriosos y combativos que nos gratifican con su dedicación y con sus éxitos. Con tu esposa y tu descendencia estabas satisfecho, pero tenías vida por delante y muchos proyectos que te faltaba concretar. Unos dependían de ti y otros no, pero todos llegaron con su parte de júbilo y tragedia. Me alegré contigo y por ti y también sufri alguna de tus penas. Cuando veías a tus nietos, o te hablaban de ellos, se iluminaba tu sonrisa.

Ahora ya sé en qué se fundan nuestros juicios valorativos más elementales: en la compasión, en nuestro sentimiento de dolor por los otros.

HERBERT MARCUSE

Tu proyecto personal parecía concluido. En realidad estaba pendiente la inquietud por tus semejantes, en especial por los enfermos. Eras portador de un renovado humanismo y una ética singular. Tenías que saber más para servir mejor.

Te acercaste a los que podían enriquecer tus conocimientos y la forma de aplicarlos en los pacientes. Ni el Dr. Daniel Gurriá ni el Dr. Alfredo Aguilar escatimaron esfuerzos. Tú fuiste el mejor alumno, el más estudioso y el más responsable. En poco tiempo tu conocimiento no sólo era comparable con el de ellos, los sobrepasaba, era indispensable y crecía continuamente al parejo de tu moderación y respeto por tus maestros. Dan fe de tu conducta agradecida la deferencia con la que los recuerdas; y de la eficacia de su docencia, tus miles de pacientes agradecidos por tu comprensión y generosidad. Tus alumnos, dispuestos a seguir tu huella te veneran y eres para ellos un paradigma que no los defraudó como hombre, como médico, como profesor y como amigo.

Nunca fuiste un imitador ciego ni dejaste jamás de aprender. Los congresos y cursos de la especialidad en el país y fuera de él tuvieron en ti, en el idioma que fuera, a un ávido aprendedor dedicado y constante, la mayor parte de las veces para reforzar los conocimientos que ya tenías. La Sociedad Mexicana de Otorrinolaringología y Cirugía de Cabeza y Cuello te dedicó, en una sesión, como su Decano, un cálido homenaje más que merecido y que por vanidad sentí como propio.

Tu familia, tus amigos, tus pacientes y yo te recordaremos siempre con afecto, admiración y respeto, por tu amor a tu familia, por tu dedicación con la humanidad doliente, por tu valor ante la adversidad, por tu estoica indiferencia hacia el dolor y por la dulce aceptación de la muerte.

Francisco
19 de septiembre de 2007